AMAR SIN DEJARSE AMAR

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO BOTELLA Y ANDRÉS

Representado en el TEATRO DE VARIEDADES con gran aplauso el 18 de Marzo de 1855

TERCERA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1905

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EDUARDO..............................	Sr. Albalat.
LUISA................................	Srta. García.
CATALINA.............................	Lansac.

ACTO UNICO

Sala elegante: un balcón á la derecha en segundo término. Puerta á la izquierda, otra al foro

ESCENA PRIMERA

LUISA y CATALINA

LUISA — ¿Ha pasado Eduardo esta mañana?

CAT. — Señora, yo no le he visto; como no haya pasado en el momento que entré al tocador...

LUISA — ¿Lo ves? Regularmente habrá pasado; eres muy desobediente. ¿No te tengo mandado que no te muevas un instante de ese balcón?

CAT. — Pero, señora, hay á veces una necesidad urgente que le hace á una abandonar el sitio que ocupa por interesante que sea.

LUISA — Nada, he dicho que no te muevas de ahí, y tu obligación es obedecerme. Quiero saber á punto fijo el momento en que Eduardo pasa por esa calle.

CAT. — Bien podía entrar en la casa, porque eso de estar haciendo el oso todo el día bajo de los balcones tiene poca gracia. Si la quiere á usted que suba, que se declare y asunto concluído; usted también le quiere, con que no debe temer una negativa.

LUISA Es que si se me declara, le digo fijamente que no, le doy calabazas.

CAT. ¿Pero usted le quiere?

LUISA Sí, le quiero, pero no consentiré nunca que él diga que me quiere.

CAT. Pues entonces, ¿cómo se han de entender ustedes?

LUISA Ese es el caso; yo no sé cómo nos hemos de entender, pero sé que no quiero que nos entendamos como todos se entienden.

CAT. Vaya una aprensión.

LUISA No, no es aprensión; es que la práctica saca maestros, y como yo ya tengo práctica en esto de amores, no quiero que nadie me la pegue. Mi primer marido se me declaró como todo el mundo acostumbra á declararse, es decir, me dijo que me quería: pero es el caso que á los quince días de nuestro casamiento les decía lo mismo á todas las mujeres bonitas, y ya ves qué ratos me haría pasar. ¡Ay, es una calamidad un hombre que tenga la costumbre de decir á las mujeres que las quiere! Cuando el cielo dispuso de él y me quedé viuda, juré no volverme á casar con ningún hombre que me dijera: «¡La quiero á usted!» Nada, nada, aunque me quiera, que no me lo diga, porque de lo contrario, si hoy me lo dice á mí, mañana se lo dirá á todas.

CAT. ¡Vaya una aprensión! Pues es particular. ¿Conque si Eduardo la dijera á usted que la adora?...

LUISA Le daría calabazas.

CAT. Y sin embargo, usted le quiere.

LUISA Mucho.

CAT. ¿Pues cómo se ha de arreglar?

LUISA Yo no sé; que se arregle como quiera, con tal de que no sea como de costumbre se arreglan estas cosas.

CAT. Pues trabajo le mando.

LUISA Que aguce su imaginación. Nada, tú no te muevas un momento de ese balcón y avísame cuando pase, que yo volveré á verle.

ESCENA II

CATALINA, sola

Pues señor, nunca he visto una manía más particular. Conque es decir, ¿que quiere que la quiera y que no la quiera? ó mejor dicho, ¿que la quiera y que no se lo diga? ¿Cómo va á arreglarse el señorito Eduardo? Y el caso es que como él no sabe nada, á la primera ocasión va á declararle su amor y lo hecha á perder, porque le da calabazas. ¡Já, já! es una cosa original. (Va al balcón.) ¡Si yo pudiera avisarle!... ¡Ah! allí le veo; voy á hacerle subir y enterarle de todo. ¡Chit! ¡chit! .. (Hace señas con el pañuelo.) Sí, suba usted; estoy sola, suba usted. ¡Ah! ya lo ha comprendido, ya va á subir. Le haré este favor y algún regalillo me valdrá; así, sabiendo ya la manía de mi señora podrá inventar un medio de salir airoso con su empresa.

ESCENA III

CATALINA y EDUARDO

EDUAR. ¿Me has llamado?

CAT. ¡Ah! sí señor; tengo que darle á usted una noticia.

EDUAR. ¡Oh felicidad! Cuando una criada se apresura á dar una noticia á un amante, buena debe ser.

CAT. Tiene de buena y de mala.

EDUAR. ¡Oh desgracia! Cuando una criada dice á un amante que la noticia es mala, muy mala debe ser.

CAT. He averiguado una cosa.

EDUAR. ¡Oh ventura! Cuando una criada averigua una cosa...

CAT. Una cosa que puede perjudicarle á usted algo.

EDUAR. ¡Oh desgracia! Cuando una criada...

CAT. Pero, ¿me dejará usted concluir?

EDUAR. Sí, concluye, concluye, ángel custodio de mis amores. Pero te advierto una cosa; ten entendido que si lo que vas á decirme me conviene te regalo un napoleón, y si es alguna majadería te pego un puntapié que bajas rodando las escaleras de cuatro en cuatro.

CAT. Muchas gracias.

EDUAR. Con que adelante.

CAT. Mi señora le ama á usted.

EDUAR. ¡Oh dicha!

CAT. Pero...

EDUAR. ¡Oh desgracia; no me gustan los peros.

CAT. ¡Caramba! ¿me dejará usted hablar una vez?

EDUAR. Sí, prosigue.

CAT. Como decía: mi señora le ama á usted.

EDUAR. Y yo también la amo á ella.

CAT. ¡Ay! pues ese es el caso, que ella no quiere que usted la ame.

EDUAR. ¿Cómo?

CAT. Sí señor, dice que ha jurado no casarse con ningún hombre que la diga «te quiero».

EDUAR. Es particular... entonces...

CAT. Que su primer marido, que la dijo «te quiero», lo decía también á las demás, y por eso, para casarse con usted, no quiere que se lo diga.

EDUAR. ¡Hombre, pues es raro! Entonces, ¿cómo vamos á entendernos?

CAT. Por eso le he llamado á usted, para que invente un medio...

EDUAR. Pues señor, estamos frescos. ¿Es decir que he de hacerla el amor sin hacérselo, ó que la he de decir que la quiero sin decírselo, ó lo que es lo mismo, que yo la... y que ella me... sin hablarnos una palabra? ¡Vaya usted á comprender este enigma! ¡el demonio son las mujeres! ¡está visto, no quieren que uno les diga lo que quiere, sino que lo haga

sin decirlo; es el camino más corto. Pues descuide usted, señora viudita, que yo ya estoy adiestrado en el arte de enamorar.

CAT. Pues, señorito, ahora que lo sabe usted todo márchese, no sea que venga la señora y crea que yo le he enterado.

EDUAR. Sí, pero no tardaré mucho en volver.

CAT. Es lo mejor.

EDUAR. Adiós.

CAT. Acuérdese usted que no ha de decirla nunca que la quiere.

EDUAR. Descuida, que no se me olvidará. Hasta luego. Voy á disponer mi plan de campaña. (Vase.)

ESCENA IV

CATALINA

Ea, ya lo sabe todo; ahora podrá arreglarse como mejor le parezca. He hecho muy bien en advertírselo, porque hubiera sido una lástima que estos platónicos amores hubieran terminado por una palabra indiscreta.

ESCENA V

CATALINA y LUISA

LUISA ¡Ah, ya te vuelvo á pillar lejos del balcón!

CAT. ¡Señora!

LUISA Tendré que despedirte, Catalina, si así abusas de mi confianza.

CAT. Señora, si no ha pasado todavía.

LUISA Ya; ¿cómo le has de haber visto pasar, si te has separado del balcón?

CAT. Es que...

LUISA Nada, no quiero excusas; lo cierto es que has desobedecido mis órdenes.

CAT. ¡Ay, mírele usted, allí está! ¡Cielos! ha entrado.

LUISA ¿Adónde?

CAT. ¡Aquí! Sube la escalera, sí, siento pasos.
LUISA ¡Cielos! ¿será cierto?
CAT. ¡Ah, ya está aquí!
LUISA ¡Ah!

ESCENA VI

DICHAS y EDUARDO

EDUAR. Buenos días, señoras.
LUISA (¡Ay, qué saludo tan ordinario!)
EDUAR. ¿Ustedes estan buenas? Me alegro mucho. (Se sienta.)
LUISA Caballero...
EDUAR. ¡Señora! ¡Ah, extrañará usted que me haya sentado! Pues mire usted, no es extraño, porque estoy muy cansado.
LUISA Pero... (¡Es original!... Retírate, Catalina.)
CAT. Yo lo observaré todo (Vase.)

ESCENA VII

EDUARDO y LUISA. Eduardo tararea un vals

LUISA ¿Está usted cantando?
EDUAR. ¿Usted lo oía?
LUISA Sí, señor.
EDUAR. Pues entonces, podía usted haber excusado la pregunta.
LUISA Tiene usted unas cosas...
EDUAR. Ya lo creo.
LUISA Que me sorprenden mucho.
EDUAR. Pues mire usted, más le sorprenderían á usted otras.
LUISA En fin...
EDUAR. Acabe usted.
LUISA Usted es el que ha de acabar.
EDUAR. No, si yo no he empezado todavía.
LUISA Pero...
EDUAR. ¿Otro pero? Tiene usted abundancia de esa fruta.
LUISA (¡Vaya un hombre particular!)

EDUAR. En fin, señora, voy á explicárselo á usted todo. (Levantándose.)

LUISA. Gracias á Dios.

EDUAR. Tenga usted la bondad de sentarse.

LUISA No es necesario.

EDUAR. Pues entonces no digo una palabra.

LUISA ¡Jesús, me sentaré! (Se sienta.)

EDUAR. Ha de saber usted, señora, que yo no tengo nada que hacer, absolutamente nada. Vivo en Madrid hace cinco años, y mi única ocupación se reduce á pasear las calles y a visitar los cafés y los teatros. Tengo además una costumbre, y es la siguiente: cuando me canso de mi paseo, entro en la primer casa que se me ocurre y me siento á descansar. Será una costumbre poco política, pero en cambio es muy cómoda. Hoy me ha sucedido esto precisamente, y le ha tocado á su casa de usted.

LUISA (Mentira, esto es una excusa.) ¿Y nada más le trae á usted aquí?

EDUAR. Nada más.

LUISA Apenas puedo creerlo; usted ha venido aquí con alguna intención.

EDUAR. Es claro.

LUISA ¿De veras?

EDUAR. Sí, la de descansar de mi paseo.

LUISA Usted acostumbra á pasear mucho esta calle.

EDUAR. ¡Ah, sí, es mi favorita entre las calles de Madrid; me entretienen sus hermosas tiendas de quincalla.

LUISA Y aun le he visto yo á usted fijar sus miradas...

EDUAR. Efectivamente, siempre fijo mis miradas...

LUISA En una...

EDUAR. Sí, en una mona que hay en el escaparate de los Tiroleses.

LUISA ¡Ah!

EDUAR. (Tómate esa y vuelve por otra.)

LUISA Es decir que...

EDUAR. Es decir que me gustan las monas

LUISA Yo había creído que sus miradas se dirigían á una mujer.

EDUAR. Señora, no me hable usted de mujeres; yo no las miro en mi vida. (Cuando cierro los ojos.)

LUISA ¡Qué oigo! ¿De veras?

EDUAR. Tan de veras; la mujer es un animal dañino, y no quiero que introduzca su veneno en el corazón.

LUISA Nos juzga usted mal.

EDUAR. Como ustedes se merecen.

LUISA ¿Es decir que no habrá usted amado nunca?

EDUAR. Jamás; el amor es una fruta que me empalaga, y nó quiero exponerme á una indisgestión.

LUISA (¡Ay, me alegro mucho, este hombre me conviene!)

EDUAR. Sí, señora. La mujer para mí es un objeto de lujo, no una necesidad.

LUISA ¡Entonces no pensará usted casarse!

EDUAR. ¡Pche!... no digo que no; pero el día que lo haga, tomaré la mujer como quien compra un dije para el reloj.

LUISA Es usted demasiado duro con las mujeres.

EDUAR. Pues mire usted, señora, al que es más blando, le amasan ellas como les da la gana.

LUISA ¿Y no cedería usted á los encantos de ninguna belleza?

EDUAR. ¿Yo? No, señora; no cedo jamás á los encantos de nadie.

LUISA ¿Y si se presentase á su vista una lindísima joven, con unos ojos celestiales, con una mirada dulce y una expresión angelical?...

EDUAR. La vería como el que ve una virgen de Murillo, y pasaría adelante cantando la jota ó el Himno de Riego.

LUISA Entonces usted no debe tener corazón.

EDUAR. Creo que sí, pero no estoy seguro.

LUISA (Voy á hacer una prueba.) Míreme usted.

EDUAR. (Quiere hacerme caer en el garlito.) Obedezco.

LUISA ¿Qué encuentra usted de particular en mi cara?

EDUAR. ¿En su cara de usted? Una cara como todas las caras de todas las mujeres.

LUISA Pero más ó menos...

EDUAR. Sí, más ó menos.. por ejemplo, usted tiene más boca y menos nariz que otras.

LUISA Eso es llamarme chata.

EDUAR. Una cosa muy parecida.

LUISA Es decir que yo no podría inspirarle...

EDUAR. ¡Usted!.. Señora, todos los días tengo yo una docena que valen mil veces más que usted, y no hallo inconveniente en cambiarlas por un papel de fumar.

LUISA Caballero...

EDUAR. Conque saque usted la cuenta; á usted la trocaría por la dozava parte de un papel de fumar dividida en mil pedazos. Es una regla exacta de aritmética.

LUISA Eso es demasiado. En mi vida me han dicho semejante cosa.

EDUAR. Ahí verá usted, lo que no sucede en un año, sucede en un día. (Se la cae el pañuelo á Luisa, Eduardo lo recoge, y al entregárselo le besa la mano.)

LUISA ¡Ah, caballero! eso es poco...

EDUAR. ¿Es poco?... Pues venga, le daré á usted otro.

LUISA Es poco político; atreverse á besar la mano, y sin decir...

EDUAR. Es mi sistema; yo hago todas las cosas así, sin decir una palabra.

LUISA (Se va haciendo pesada la visita.)

EDUAR. (Se hace larga la entrevista, y no adelantamos un paso.)

LUISA ¿Eh?

EDUAR. ¿Qué?

LUISA ¿Decía usted?...

EDUAR. No, yo no, usted.

LUISA Me parece que la mona le estará á usted esperando para que la contemple.

EDUAR. Me es igual; ahora estoy contemplándola á usted.

LUISA ¿Es decir que me compara usted?... Caballero, eso es por demás.

EDUAR. Ea, ahora va usted á enfadarse; es decir que si fuera usted hombre, tendríamos un desafío: hé aquí las consecuencias por la manera de tomar las ofensas; usted ha creído que yo la he llamado mona; pues llámeme usted mico y estamos en paz.

LUISA ¡Eh! basta.

EDUAR. ¿Y se pone usted seria? ¿A que no? Vamos á ver, ríase usted.

LUISA ¡Já, já, ja!... ¡Vaya, qué hombre tan original!

EDUAR. ¡Jesús! ¡Qué dientes tan feos!

LUISA Caballero, esto no se puede sufrir. Aquella es la puerta.

EDUAR. Esto es despedirme.

LUISA Si usted lo comprende...

EDUAR. Señora, que usted lo pase bien; hasta el valle de Josafat.

LUISA Vaya usted con Dios.

EDUAR. Abur. (Vase.)

ESCENA VIII

LUISA

Jesús, qué salvaje; no se le puede resistir; pues vaya una manera que ha tenido de tratarme. ¡Oh! Yo que creía haber conquistado su corazón, estoy ahora tocando el desengaño.

ESCENA IX

LUISA y CATALINA

CAT. ¿Qué? ¿Se arregló todo?

LUISA Es un imbécil; ha tenido la desvergüenza de decirme que soy fea, y que no había causado ninguna impresión en su corazón.

CAT. ¡Oh! Pues es una felicidad para usted.

LUISA ¡Calla, necia; vaya una felicidad!

CAT. Sí, señora; ¿no buscaba usted un hombre que la amara y no la amara? ¿Es decir, que no fuera capaz de amar á ninguna mujer?

LUISA Tienes razón; pero éste lo hace tan á lo vivo, que me he visto obligada á despedirle.

CAT. ¿Le ha despedido usted? Entonces lo hemos perdido todo. ¡Jesús, tanto que cuesta de

cazar un novio! ¡En lugar de haber cerrado la puerta para que no se escapara, le despide usted! Es lo mismo que abrirle la jaula á un pájaro.

LUISA Dices bien, ya lo siento. Mira, mira si está en la calle y hazle una seña.

CAT. Oigo pasos.

LUISA Es cierto.

ESCENA X

DICHAS y EDUARDO

LUISA ¡Ah!

CAT. Es él.

EDUAR. Buenos días, señoras; ¿ustedes están buenas? Me alegro mucho. (Se sienta.)

LUISA Caballero...

EDUAR. ¡Señora! ¡Ah! Extrañará usted que me haya sentado; pues mire usted, no es extraño, porque estoy muy cansado.

LUISA Pero...

EDUAR. ¿Otro pero? Pues señor, voy á tener un cólico de peros, según los que usted me hace tragar.

LUISA (¿Has visto cosa más original?) (A Catalina.)

CAT. (Precisamente lo que á usted le conviene.)

EDUAR. ¡Ah! ¿Me he dejado por aquí los guantes?

LUISA Si los lleva usted puestos.

EDUAR. Es verdad, tiene usted razón; como son de piel de cabrito...

LUISA Justo, la confundía usted con la suya. Pero, caballero, esto no puede seguir adelante; ¿qué es lo que usted busca en esta casa?

EDUAR. ¡Cómo! ¿Tiene usted derecho para averiguar mis pensamientos?

LUISA No, pero tengo derecho para saberlo, porque estoy en mi casa.

EDUAR. Señora, yo soy socialista, y quiero la comunidad de bienes; para mí no hay tuyo ni mío, todo es nuestro. En fin, yo he venido aquí, porque la aborrezco á usted, porque la detesto, porque...

LUISA. Entonces podía usted haberse ahorrado de venir.

CAR. (á Luisa.) (Esto le conviene á usted.)

LUISA. (Ya, pero no querrá casarse conmigo.)

EDUAR. Sí, señora; me es usted insoportable, como me lo son todas las mujeres, lugares malos, venidos para hacer la desventura del hombre.

LUISA. La mujer es la manzana de...

EDUAR. No me gustan las manzanas; en mis huertos acostumbro á dárselas á los cerdos.

LUISA. ¡Caballero!...

EDUAR. Sí, señora, aborrezco á las mujeres; y á usted sobre todo, la desprecio, la odio, la..., en fin, quiero casarme con usted.

LUISA. ¡Ah! ¿Y cómo puede usted ofrecer su mano á una mujer sin quererla?

EDUAR. Señora, yo no la he ofrecido á usted nada.

LUISA. Ya, pero si yo admitiese, tendría usted que darme su mano...

EDUAR. Se equivoca usted, lo que haría sería prestársela mientras nos echaran la bendición; pero después me quedaría con ella.

LUISA. Es decir, que usted casándose sin amor...

EDUAR. Diría: hé aquí mi mujer, he comprado este mueble más para adornar mi habitación.

LUISA. Caballero, ¿qué es eso de comprar? Una mujer no tiene precio como un mueble.

EDUAR. Se equivoca usted, una mesa de escritorio vale mil reales, y otro tanto cuesta un hombre para casarse, luego por el mismo dinero se compra una esposa que una mesa de escribir.

LUISA. ¿Y si usted llega á contraer matrimonio, hará caso de las demás mujeres?

EDUAR. No, señora, no haré caso de una sola (que será la mía.)

LUISA. Si eso fuese cierto...

EDUAR. Téngalo usted por seguro.

CAR. (Decídase usted, señora, que la ocasión es calva.)

LUISA. Pues...

EDUAR. ¡Ah!

LUISA. ¿Qué?

EDUAR. Nada, nada, usted dirá.

LUISA. Esta es mi mano.

EDUAR. (Voy á hacerla padecer.) Es verdad, tiene usted razón, y aquella otra también es de usted, y estas dos son mias.

LUISA. ¿Pero usted no la ha pedido?

EDUAR. ¿Yo? Señora, ¿para qué queria yo tres manos? Tengo suficiente con dos.

LUISA. Es que con ella va el corazón.

EDUAR. Eso es diferente: entonces...

LUISA. ¿Acepta usted?..

EDUAR. Sí. (Cogiéndola la mano.) ¡Oh, desgracia! ¡Oh, desventura! ¡Oh, infortunio! ¡Te aborrezco! ¡Te odio! Te... (Dándole un beso á cada exclamación.)

LUISA. ¡Vaya un cariño!

EDUAR. No es cariño, señora, es desesperación.

LUISA. ¿Un casamiento por desesperación?

EDUAR. Es como otra cualquiera barbaridad: me había de arrojar al Canal, me caso con usted.

CAT. Vamos, no finja usted más.

LUISA. ¿Qué?

CAT. Sí, señora, lo sabía todo; él la adora á usted.

LUISA. ¿Acaso tú?...

CAT. Sí, yo: yo se lo he dicho para que se declarara como usted deseaba. Ahora, señorito, me debe usted un napoleón que me ha ofrecido.

EDUAR. (Metiendo la mano en el bolsillo.) Sí, te lo daré.

CAT. Es el tercero.

EDUAR. ¡Ah! ¿Es el Napoleón tercero? Pues entonces no puedo dártelo, porque se marcha á la Crimea á pelear con los rusos.

CAT. ¿Qué tengo yo que ver con los rusos? ¿No me ha dado usted antes dos?

LUISA. Yo te daré los demas.

EDUAR. Con que seremos muy felices, yo aborreciéndote siempre y aborreciendo á todas las mujeres...

LUISA. Y yo amándote mucho.

Ahora sólo nos falta
para que completa sea
nuestra dicha, que un aplauso. .

EDUAR. Calla, Luisa, no quieran
hacerlo todo al revés
como nosotros; que vean
la modesta petición,
y que silben cuanto puedan...
mas con el pico cerrado
y con las manos abiertas.

FIN DE ESTE JUGUETE